

3. La documentación de la brecha de género en la agricultura⁹

El acceso a recursos productivos como la tierra, los insumos modernos, la tecnología, la educación y los servicios financieros es un factor determinante de la productividad agrícola. La agricultura es importante para las mujeres, pero las agricultoras (Recuadro 4) tienen menos acceso a los recursos productivos y servicios que requieren los productores agrícolas. Las mujeres tienen menor probabilidad que los hombres de poseer tierras o ganado, adoptar nuevas tecnologías, utilizar el crédito u otros servicios financieros, o recibir capacitación o asesoramiento de extensión. En algunos casos, las mujeres ni siquiera controlan el uso de su propio tiempo.

Mientras que la amplitud de la brecha de género difiere según los recursos y el lugar concreto, las causas profundas de la brecha de género en cuanto a los activos se repite en todas las regiones: las normas sociales limitan sistemáticamente las opciones de que disponen las mujeres. Sin embargo, independientemente de su causa o magnitud, la brecha de género en relación con los activos reduce la productividad agrícola de las mujeres y, por tanto, implica unos costos económicos y sociales mayores.

La tierra

La tierra es el activo familiar más importante para los hogares cuyo sustento depende de la agricultura. El acceso a la tierra es un requisito básico para la agricultura, y el control de la misma es sinónimo de riqueza, estatus y poder en muchas áreas. Fortalecer el acceso de las mujeres a la tierra y su control sobre ella es un medio importante para mejorar su condición e influencia dentro de los hogares y las comunidades. Mejorar el acceso de las mujeres a la tierra y la seguridad de su tenencia tiene repercusiones directas en la productividad agrícola, y también puede tener consecuencias de gran alcance

en la mejora del bienestar de los hogares. El fortalecimiento de la propiedad de la tierra en el caso de las mujeres en Nepal, por ejemplo, se ha relacionado con una mejora de la salud de los niños (Allendorf, 2007).

Los datos que reflejan las desigualdades de género en el acceso a la tierra son abrumadores. En todas las regiones en desarrollo las mujeres tienen menor tendencia, sin excepción, a poseer o gestionar las tierras; también es menos probable que tengan acceso a tierras en arrendamiento, y las parcelas a las que tienen acceso suelen ser de peor calidad y más pequeñas.

Los datos más completos sobre el acceso de las mujeres a la tierra se encuentran en la base de datos de la FAO "Género y derecho a la tierra" (FAO, 2010f), y proceden de diversas fuentes, entre ellas encuestas sobre los hogares, censos agrícolas y publicaciones académicas. La base de datos facilita información sobre las proporciones de "jefes de explotaciones agrícolas" de cada sexo. Se trata de la persona o grupo de personas que ejercen el control de la gestión de una explotación agrícola. La explotación puede ser en régimen de propiedad, arrendamiento o asignada a partir de una comunidad de bienes y puede ser administrada en régimen de aparcería.

En todas las regiones se observan marcadas disparidades de género en la explotación de la tierra (Figura 8). Las mujeres representan menos del 5 % de todos los jefes de las explotaciones agrícolas en los países de África del Norte y Asia occidental para los que se dispone de datos. La media del África subsahariana es del 15 %, pero oculta grandes diferencias, desde menos del 5 % en Malí hasta más de 30 % en países como Botswana, Cabo Verde y Malawi. América Latina tiene la mayor proporción regional media de jefas de explotaciones agrícolas, que supera el 25 % en Chile, Ecuador y Panamá.

⁹ El material de este capítulo se basa en FAO (2010e).

RECUADRO 4

Mujeres agricultoras, cabezas de hogar y limitaciones de los datos

Los datos sobre las agricultoras son limitados. La mayoría de las mujeres que trabajan en la agricultura lo hacen dentro de una unidad de producción familiar y normalmente sus actividades son inseparables de las del hogar en su conjunto. La mayoría de los datos disponibles sobre las agricultoras proceden de las encuestas sobre hogares y se refieren a las actividades de los hogares encabezados por mujeres, que constituyen una minoría de las agricultoras en la mayoría de los países. Se conocen algunos datos relativos a las parcelas gestionadas por mujeres en hogares encabezados por hombres, principalmente en África, donde los hombres y las mujeres a menudo se ocupan de parcelas separadas. La unidad de análisis que se utiliza en este capítulo (individuos, hogares, explotaciones agrícolas o parcelas) varía en función de los recursos de que se trate y de la disponibilidad de datos.

La prevalencia de hogares encabezados por mujeres suele ser mayor en el África subsahariana que en otras regiones (Cuadro A5 del anexo), pero detrás de esta afirmación se esconden diferencias considerables en la región. De hecho, los dos países con la mayor y menor prevalencia de hogares encabezados por mujeres en las regiones en desarrollo (Swazilandia y Burkina Faso,

respectivamente) se encuentran en el África subsahariana.

Hay que distinguir entre dos tipos de hogares encabezados por mujeres: i) los que lo son *de facto*, es decir, aquellos en los que el miembro de la pareja de sexo masculino trabaja fuera del hogar, pero sigue implicado en él a través del envío de remesas y otros vínculos económicos y sociales, y ii) los que lo son *de iure*, que son aquellos en los que no hay varón, como ocurre en el caso de las mujeres viudas, divorciadas o solteras. Normalmente no se dispone de datos completos que permitan distinguir entre estos tipos de hogares, pero en los pocos casos para los que existen datos, la mayoría de los hogares encabezados por mujeres lo son *de iure*. En Malawi, Panamá y Uganda alrededor del 70 %, el 63 % y el 83 %, respectivamente, del total de hogares encabezados por mujeres lo son *de iure* (Chipande, 1987; Appleton, 1996; Fuwa, 2000). También en Camboya y la República Democrática Popular Lao la mayor parte lo son *de iure* (FAO/OGE/MP, 2010; FAO/MAB, 2010). La mayoría de los estudios con desgloses por tipo de hogares encabezados por mujeres indican que los hogares *de iure* son más propensos a tener que hacer frente a una serie de desventajas económicas y sociales (Seebens, 2010).

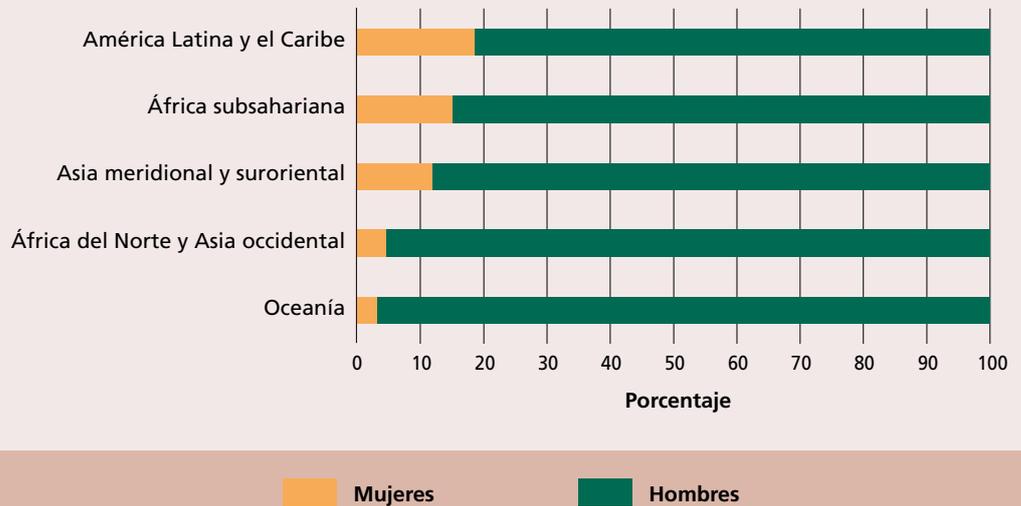
Además de poseer la tierra con mayor frecuencia, los hombres también suelen controlar mayores explotaciones agrícolas que las mujeres. Los datos representativos y comparables para 20 países que se encuentran en la base de datos RIGA relativos a las encuestas sobre los hogares muestran que los hogares encabezados por hombres gestionan mayores explotaciones agrícolas, por término medio, que los hogares encabezados por mujeres en todos los países (Figura 9). La desigualdad en el acceso a la tierra es más acusada en Bangladesh, Ecuador y Pakistán, donde el tamaño medio de las explotaciones agrícolas de los hogares encabezados por hombres duplica con creces el de los hogares encabezados por mujeres.

Los resultados proporcionados por RIGA confirman los que se deducen de diversos estudios realizados en América Latina (Deere y León, 2003) y África (FAO, 1997), según los cuales las explotaciones agrícolas controladas por hombres son, en general, mayores que las controladas por mujeres.

Ganadería

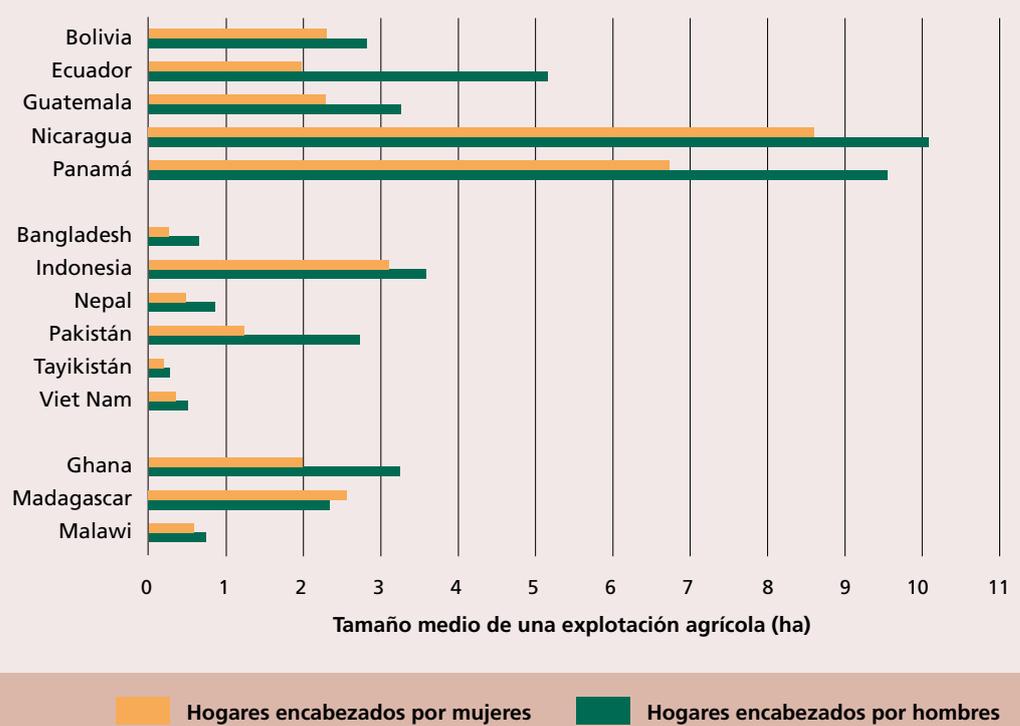
La ganadería es otro activo fundamental en las zonas rurales (FAO, 2009a). En muchos países, el ganado es uno de los activos agrícolas más valiosos y representa una fuente de ingresos y acumulación de riqueza, así como una importante fuente de capacidad de resistencia

FIGURA 8
Proporción de jefes de explotaciones agrícolas de sexo masculino y femenino en las principales regiones en desarrollo



Nota: Los agregados regionales no incluyen todos los países debido a la falta de datos. Los datos a nivel de país se proporcionan en el Cuadro A5 del Anexo.
Fuente: FAO, 2010f.

FIGURA 9
Activos de los hogares rurales: tamaño de la explotación agrícola



Nota: Las diferencias entre los hogares encabezados por hombres y por mujeres son significativas en el plano estadístico al nivel del 95 % de confianza para todos los países, con excepción de Bolivia, Indonesia, Madagascar, Nicaragua y Tayikistán.
Fuentes: FAO, 2010d, y Anriquez, 2010.

en situaciones de crisis. Los animales de tiro también son la principal fuente de energía para la labranza, el desmonte de tierras y el transporte en muchas regiones.

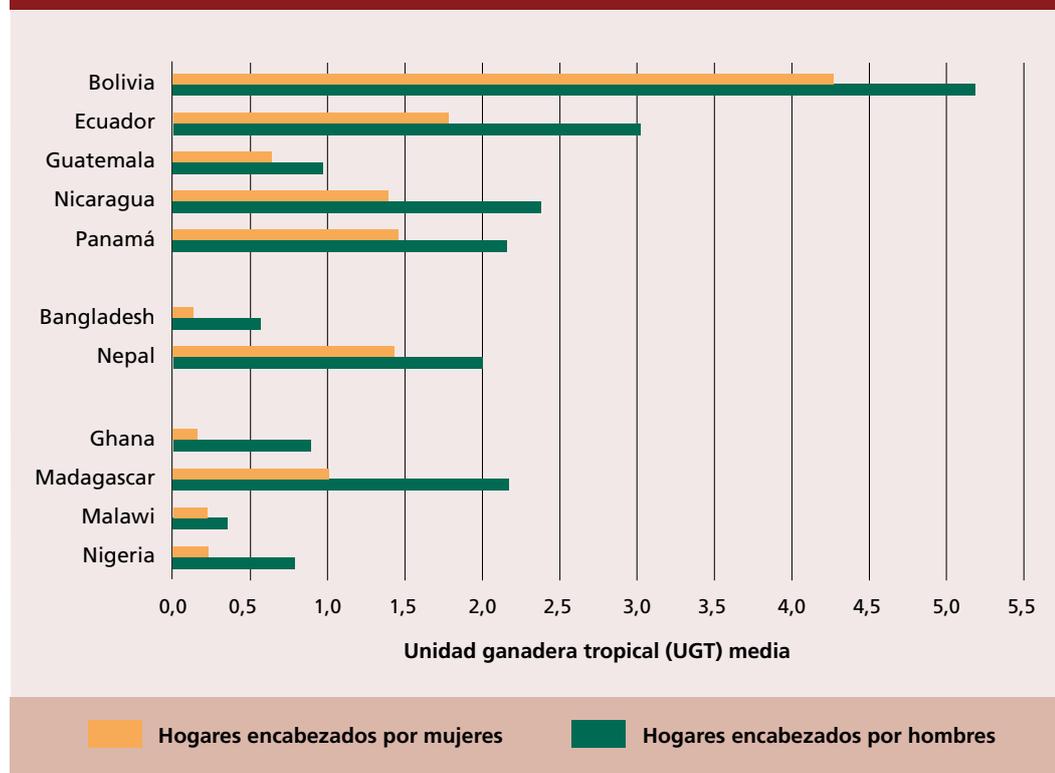
Como sucede con el acceso a la tierra, los datos relativos a las explotaciones ganaderas indican la existencia de desigualdades de género sistemáticas. Los hogares encabezados por hombres poseen mayores explotaciones ganaderas, por término medio, que los encabezados por mujeres (Figura 10). Las desigualdades en las explotaciones ganaderas son especialmente acusadas en Bangladesh, Ghana y Nigeria, donde el tamaño de las explotaciones gestionadas por hombres triplica con creces el de los hogares encabezados por mujeres. En Indonesia y Pakistán, países sobre los que la base de datos RIGA contiene información relativa a ingresos derivados de la ganadería, pero no de las explotaciones ganaderas, los ingresos netos derivados de la ganadería son significativamente mayores en los hogares

encabezados por hombres que en los encabezados por mujeres.

La base de datos RIGA suministra información por hogar según el sexo del cabeza de hogar, por lo que los datos no reflejan las diferencias dentro de los hogares en lo referente al control del ganado. Estas diferencias varían en función de la cultura y el contexto pero, en general, los hombres son responsables de la cría y comercialización de los animales grandes, como las vacas, los caballos y los camellos, mientras que las mujeres tienden más bien a controlar los animales más pequeños, como las cabras, las ovejas, los cerdos y las aves de corral (FAO, 2009a). En Nicaragua, por ejemplo, las mujeres poseen alrededor del 10 % de los animales de trabajo y el vacuno, pero entre el 55 % y el 65 % de los cerdos y aves de corral (Deere, Alvarado y Twyman, 2009). Incluso cuando las mujeres son copropietarias de animales grandes, no necesariamente tienen acceso a los servicios que estos prestan, como se descubrió en el caso de las mujeres indias y el uso de bueyes (Chen, 2000).

FIGURA 10

Activos ganaderos de los hogares, encabezados por hombres/mujeres



Notas: Los cálculos se han realizado utilizando encuestas de hogares representativas a nivel nacional. El número de cabezas de ganado se ha calculado utilizando la unidad ganadera tropical (UGT), lo que equivale a un animal de 250 kg. La escala varía según la región. Por ejemplo, en América del Sur, la escala es de 1 bovino = 0,7 UGT, 1 cerdo = 0,2, 1 oveja = 0,1 y 1 pollo = 0,01. Las diferencias entre los hogares encabezados por hombres y por mujeres son significativas en el plano estadístico al nivel de confianza del 95 % para todos los países, a excepción de Guatemala.

Fuentes: FAO, Equipo de Actividades generadoras de ingreso rural (RIGA), y Anríquez, 2010.

En los datos de la base RIGA el ganado se mide en términos físicos (unidades ganaderas tropicales), pero los resultados son acordes con los de otros estudios que evalúan el valor de las explotaciones ganaderas. Los datos relativos al norte de Nigeria, por ejemplo, indican que el valor de las explotaciones ganaderas de los hombres es aproximadamente el doble que el de las de mujeres (Dillon y Quiñones, 2010). Según el mismo estudio, los hombres y las mujeres utilizan el ganado de manera diferente, como reserva de riqueza y como amortiguador ante situaciones de crisis. Los hombres tienen tendencia a poseer activos en forma de animales grandes, como vacas y toros, mientras que las mujeres tienden a tener activos en forma de animales pequeños, enseres domésticos duraderos y joyas. Las mujeres tienden a ver reducidos sus activos con mayor rapidez que los hombres ante situaciones de crisis y a medida que envejecen (Dillon y Quiñones, 2010).

Mano de obra agrícola

La disponibilidad de mano de obra depende de la cantidad de familiares que un hogar pueda movilizar para trabajar y del número de trabajadores que pueda contratar en los mercados de trabajo locales. Las limitaciones laborales pueden ser más acusadas en el caso de las mujeres y los hogares encabezados por estas que en el de los hombres y los hogares encabezados por estos, por varias razones. En general las mujeres se enfrentan a limitaciones específicas por razón de género en tanto que trabajadoras agrícolas y a la hora de contratar mano de obra. Los bajos niveles de capital humano —educación, salud y nutrición— constituyen obstáculos a la productividad laboral de la mujer en la agricultura y otros sectores (Behrman, Alderman y Hodinott, 2004) (Recuadro 5). Algunos problemas nutricionales, tales como la deficiencia de hierro, que afecta

RECUADRO 5 Productividad laboral y hambre, nutrición y salud

El hambre, la nutrición y la salud son factores importantes que determinan la capacidad de trabajo de las personas, su productividad y su desarrollo cognitivo. En lo relativo a la nutrición, solo 37 países en desarrollo recopilan datos sobre la deficiencia energética crónica (CED) de hombres y mujeres (Cuadro A6 del anexo) (OMS, 2010). En 17 países, la diferencia entre las proporciones de CED en hombres y mujeres no supera un punto porcentual. De los 20 países restantes, en 13 la proporción de mujeres con CED es mayor. De estas escasas observaciones se deduce que en el África subsahariana las mujeres tienen menor probabilidad que los hombres de padecer CED mientras que en América del Sur y Asia, especialmente en el Asia sudoriental, las mujeres tienen mayor probabilidad que los hombres de padecer CED. Los datos registrados para los adultos están en consonancia con los datos correspondientes a los niños con insuficiencia ponderal (menores de cinco años). Por ejemplo, en Asia y el Pacífico, la proporción de niñas con insuficiencia ponderal es mayor que la de los

niños, mientras que en el África subsahariana sucede lo contrario.

Si bien en algunos lugares las mujeres están en desventaja en cuanto a hambre y nutrición, en general no es así. Sin embargo, ciertos aspectos referentes a la salud y la nutrición están específicamente relacionados con el sexo. Por ejemplo, las necesidades energéticas y nutricionales de las mujeres aumentan durante la menstruación, el embarazo y la lactancia y su estado nutricional tiene consecuencias sobre su descendencia. También existen pruebas de que la morbilidad de las mujeres es mayor que la de los hombres (y no solo porque viven más tiempo), así como de que estas tienen menos posibilidades de acceder a los servicios sanitarios (Buvinic *et al.*, 2006). Así pues, las diferencias de género en materia de nutrición y salud pueden tener importantes repercusiones sociales en el plano de las políticas.

Es importante adoptar políticas que se ocupen de los problemas nutricionales y sanitarios específicos de las mujeres, pero su naturaleza y alcance deberían reflejar siempre el lugar y el contexto concretos.

directamente a la productividad laboral y está muy extendida, son especialmente importantes para las mujeres (Quisumbing y Pandolfelli, 2010). En determinadas labores agrícolas suele existir una marcada división del trabajo entre los sexos, de forma que la mano de obra masculina y la femenina no pueden sustituirse fácilmente entre sí. Por otra parte, las mujeres tienen limitaciones de tiempo impuestas por tareas domésticas, tales como el cuidado de las personas y la recogida de leña y agua (McGuire y Popkin, 1970; Quisumbing y Pandolfelli, 2010).

Los hogares encabezados por mujeres han de hacer frente a limitaciones laborales más serias que los que están encabezados por hombres porque suelen tener menos miembros y más familiares a cargo. En algunas zonas, la emigración masculina se suma a las limitaciones ya impuestas por las labores agrícolas específicamente asignados por razón de género (Peters, 1986). Los hogares encabezados por mujeres pueden recibir ayuda de familiares varones, pero solo después de que estos se hayan ocupado de sus propias parcelas. El hecho de que los hogares encabezados por mujeres normalmente se ocupen de extensiones de tierra más pequeñas puede no compensar la menor disponibilidad de mano de obra familiar. Por ejemplo, entre los pequeños productores de maíz en Malawi, las mujeres poseen menos tierras, pero aún así utilizan alrededor de un 10 % menos del total de la mano de obra por hectárea que sus homólogos masculinos, una gran parte de la cual está constituida por niños, que deben trabajar para compensar el déficit causado por las demás tareas de sus madres (Takane, 2008).

Las responsabilidades domésticas y comunitarias y las obligaciones laborales por razón de género se traducen en que las mujeres agricultoras no pueden cultivar la tierra con la misma productividad que los hombres y en que les resulte más difícil enfrentarse a los aumentos de los precios de los cultivos. En función de las normas culturales, algunas de las actividades agrícolas, tales como la labranza y la pulverización, dependen del acceso a mano de obra masculina, sin la cual las agricultoras deben hacer frente a retrasos que pueden dar lugar a pérdidas en la producción. Por ejemplo, las productoras de maíz en Malawi

necesitan mano de obra masculina para la labranza, pero los hogares encabezados por mujeres carecen a menudo de hombres que puedan hacer el trabajo y no siempre disponen del dinero necesario para contratarlos. En consecuencia, las mujeres cultivan parcelas más pequeñas y sus rendimientos son menores (Gilbert, Sakala y Benson, 2002). Este conjunto de limitaciones implica que las mujeres de Malawi tropiezan con dificultades en cultivos comerciales, como el tabaco o el maíz mejorado, que requieren la adquisición de insumos, porque no pueden generar los ingresos necesarios para obtener créditos y garantizar su devolución. Estas limitaciones laborales pueden incluso impedir en algunos casos que los hogares encabezados por mujeres soliciten un crédito (Chipande, 1987). En Etiopía, donde las normas culturales exigen que la labranza corra a cargo de los hombres, estos hogares también logran rendimientos más bajos, ya que las mujeres tienen un acceso limitado a la mano de obra masculina (Holden, Shiferaw y Pender, 2001).

Educación

El capital humano es un factor esencial que determina las oportunidades que la sociedad ofrece a los individuos y está muy relacionado con la capacidad productiva de los hogares y su bienestar económico y social. El nivel de capital humano a disposición de un hogar (normalmente definido por el nivel educativo del cabeza de hogar o el nivel medio educativo de los adultos del hogar en edad de trabajar) guarda una relación muy estrecha con medidas como la productividad agrícola, los ingresos y el estado nutricional de los hogares, de forma que todos estos elementos afectan en última instancia al bienestar de los hogares y al crecimiento económico a nivel nacional (Banco Mundial, 2007a).

Las diferencias de género en la educación son significativas y generalizadas (Figura 11). Las mujeres cabeza de hogar tienen un nivel educativo inferior al de sus homólogos masculinos en todos los países de la muestra, excepto en Panamá, donde la diferencia no es estadísticamente significativa. Los datos sugieren que las mujeres cabeza de hogar en las zonas rurales están en desventaja con

respecto a la acumulación de capital humano en la mayoría de los países en desarrollo, independientemente de la región o el nivel de desarrollo económico.

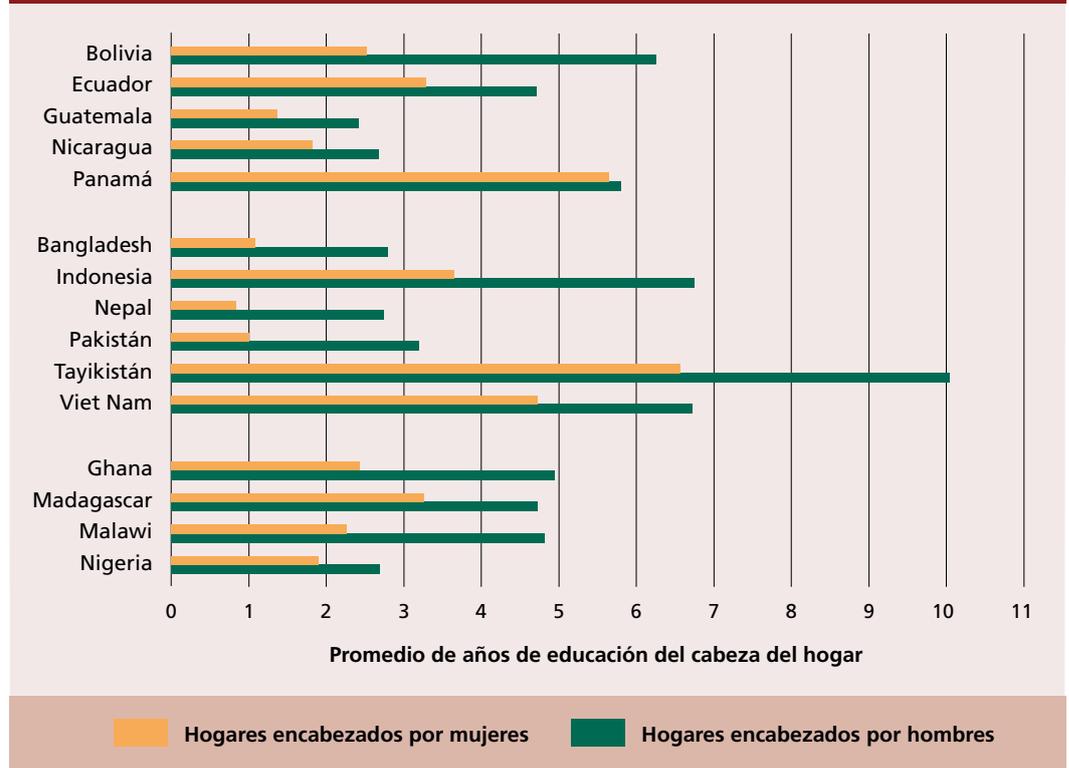
Estos datos son el reflejo de una discriminación histórica de las niñas en el campo de la educación. A pesar de ello, la acumulación de capital humano es una categoría de activos en la que se ha reducido claramente la brecha de género en las últimas décadas. Aunque el progreso ha sido desigual en las distintas regiones y subsisten diferencias importantes, se han realizado avances considerables en las tasas de escolarización de las niñas en la enseñanza primaria, y se ha reducido la brecha entre niños y niñas. De los 106 países comprometidos con el ODM 3 sobre la igualdad de género en el acceso a la educación, 83 habían alcanzado el objetivo en 2005 (Banco Mundial, 2007b). La mayoría de los países de los que se dispone de datos en la base RIGA han logrado la igualdad de género en la escolarización en la enseñanza primaria (definida como una diferencia estadísticamente no significativa entre las tasas de escolarización

de niños y niñas) (Figura 12). Uno de los avances más significativos para las mujeres en América Latina se ha producido en el terreno de la enseñanza primaria y secundaria, pero subsiste una brecha de género considerable entre los grupos indígenas en muchos países latinoamericanos. La brecha de género en la educación, tanto en los niveles de matriculación y aprovechamiento, sigue siendo más intensa en Asia meridional y el África subsahariana.

Más allá de los logros educativos generales, la tasa de mujeres en la enseñanza superior en ciencia y tecnología agrícolas es especialmente importante en regiones donde las mujeres constituyen una gran parte del sector agrícola. El número de mujeres dedicadas a la investigación científica y tecnológica en los países industrializados y en desarrollo ha aumentado considerablemente en las últimas décadas, pero sigue siendo bajo en la mayoría de ellos. Hay una necesidad urgente de alcanzar una mayor representación de las mujeres en la investigación agrícola, especialmente en el África subsahariana, donde son una parte muy importante de

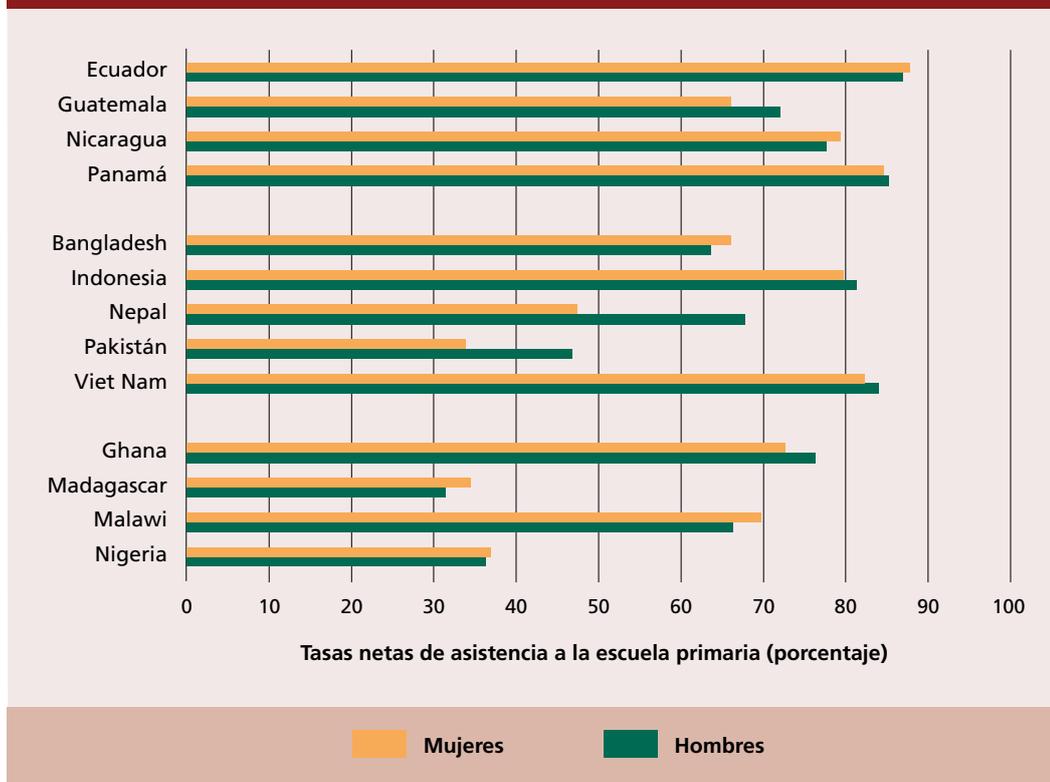
FIGURA 11

Nivel de educación de los hombres y mujeres que encabezan hogares rurales



Fuente: FAO, 2010d.

FIGURA 12
Diferencias por razón de género en las tasas de asistencia a la escuela primaria en las zonas rurales



Nota: Por tasa de asistencia se entiende el número de niños en edad escolar primaria que asisten a la escuela primaria, expresado como porcentaje del número total de niños en edad escolar primaria oficial. Una cifra positiva significa que la asistencia masculina supera a la asistencia femenina. Solo Ghana, Guatemala, Nepal y Pakistán presentan una diferencia de 0 significativa en el plano estadístico en el nivel del 95 %.

Fuente: FAO, Equipo de Actividades generadoras de ingreso rural (RIGA).

la mano de obra agrícola. Las científicas, las directoras de investigación, las docentes y las profesoras pueden aportar ideas y perspectivas distintas y contribuir a que los centros de investigación puedan abordar con mayor eficacia los retos apremiantes y únicos a los que se enfrentan las agricultoras en África. También pueden servir como modelos para las estudiantes y otras mujeres en el ámbito de la agricultura. Se han logrado avances significativos, pues ha aumentado la proporción de personal profesional femenino en la enseñanza superior agrícola y en los centros de investigación en África (Recuadro 6).

Información y extensión

Para los agricultores resulta esencial disponer de información buena en tiempo oportuno sobre las nuevas tecnologías y técnicas cuando

tienen que decidir si adoptan o no alguna innovación. Aunque los servicios de extensión privados están desempeñando un papel cada vez mayor en algunos países, como el Brasil, China y la India, los servicios públicos de extensión siguen siendo la fuente principal de información sobre nuevas tecnologías para los agricultores en la mayoría de los países en desarrollo. Los servicios de extensión abarcan la amplia gama de servicios prestados por expertos en los ámbitos de la agricultura, las agroindustrias, la salud y otros, y están diseñados para mejorar la productividad y el bienestar global de las poblaciones rurales. La extensión agraria puede dar lugar a un aumento significativo de los rendimientos. Sin embargo, los servicios de extensión prestados en las economías en desarrollo siguen siendo escasos, tanto para los hombres como para las mujeres; por otra parte, estas tienen tendencia a utilizarlos menos que

RECUADRO 6

Las mujeres en la enseñanza superior y la investigación agrícolas en África¹

En 2008, los programas "Indicadores de ciencia y tecnología agrícola" (ASTI) y "La mujer africana en la investigación y el desarrollo agrícolas" (AWARD) realizaron una encuesta con la finalidad de obtener indicadores de capacidad desglosados por sexo en 125 centros de investigación y enseñanza superior agrícolas en 15 países del África subsahariana². El estudio demostró que el número de profesionales de sexo femenino había aumentado un 50 % entre 2000/01 y 2007/08, y en cuatro países (Botswana, Nigeria, Senegal y Zambia) de los 15 citados se había duplicado el personal femenino. En términos relativos, la proporción de mujeres en el conjunto de profesionales había aumentado del 18 % al 24 % durante ese período. Este incremento se produjo en los tres niveles académicos (licenciatura, maestría y doctorado), pero con diferencias considerables entre los 15 países (Figuras A y B). Las cifras de participación femenina en la investigación y la enseñanza superior agrícolas eran especialmente elevadas en Sudáfrica (41 %), Mozambique (35 %) y Botswana (32 %). Por el contrario, las proporciones de mujeres profesionales en el ámbito agrícola eran bajas en Etiopía (6 %),

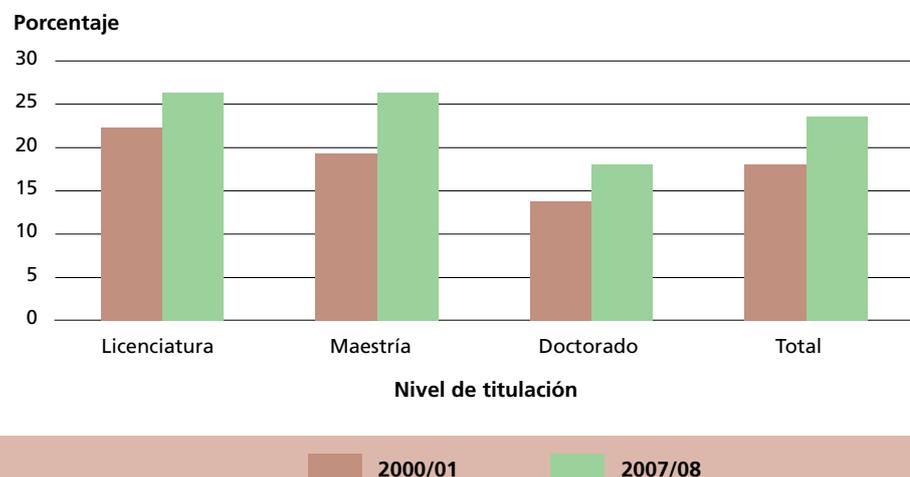
Togo (9 %), Níger (10 %) y Burkina Faso (12 %). En comparación con los demás países de la región, las mujeres profesionales tenían una educación superior relativamente más alta en Kenya, Nigeria, Sudáfrica y Uganda, donde más de un cuarto del total disponían de un doctorado.

Las tendencias futuras de la participación de las mujeres en la investigación agrícola dependerán del número actual de estudiantes matriculados y las titulaciones que obtengan. Cada vez es mayor el número de mujeres que acceden a la enseñanza superior, no solo en el África subsahariana, sino también en otras regiones del mundo (UIS, 2006; UNESCO, 2004). Este parece ser también el caso de las ciencias agrícolas, pero por desgracia no hay datos de tendencia desglosados por sexo. Sin embargo, la mayoría de las mujeres que estudian ciencias agrícolas están inscritas en programas de licenciatura. Lo mismo sucede con los varones, lo cual es un reflejo de que muchas facultades y escuelas agrícolas del África subsahariana tan solo cuentan con programas limitados de maestría y doctorado.

La existencia de proporciones cada vez mayores de mujeres profesionales empleadas en la agricultura y de estudiantes de ciencias

FIGURA A

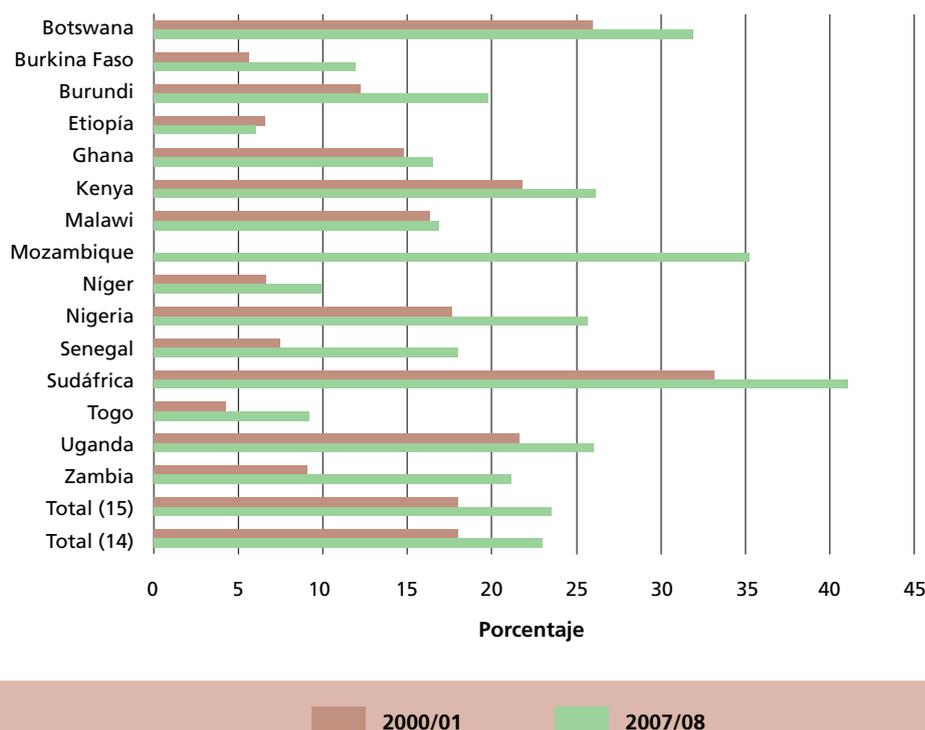
Variaciones en las proporciones medias de mujeres en el personal profesional de las instituciones agrícolas y de educación superior en 14 países africanos, según el nivel de titulación, de 2000/01 a 2007/08



Nota: Se excluye Mozambique debido a la falta de datos disponibles para 2000/01.

Fuente: Beintema y Di Marcantonio, 2009; datos basados en indicadores de ciencia y tecnología agrícola (ASTI).

FIGURA B
Variaciones en la proporción de mujeres en el personal profesional,
por número de empleados, de 2000/01 a 2007/08



Nota: Se excluye Mozambique debido a la falta de datos disponibles para 2000/01.

Fuente: Beintema y Di Marcantonio, de 2009; datos basados en indicadores de ciencia y tecnología agrícola (ASTI).

agrícolas de sexo femenino indica que en el continente está menguando la brecha de género en esa área, especialmente en el África austral. Sin embargo, el aumento del número de mujeres, así como de hombres, que acceden a la investigación agrícola y a la enseñanza superior en ciencias agrícolas corresponde principalmente a personal joven, con titulaciones de grado inferior y que están iniciando sus carreras. Por término medio, más de la mitad de las mujeres profesionales de la muestra de los 15 países tenían menos de 41 años, mientras que en el caso de los hombres profesionales, la proporción correspondiente ascendía al 42 % del total. En promedio, poseían licenciaturas el 31 % del total de mujeres profesionales y el 27 % del total de hombres profesionales. Nuevamente, detrás de estos datos se esconden amplias diferencias entre los países (véase Beintema y Di Marcantonio, 2009).

La proporción de mujeres disminuye de manera desproporcionada en los puestos de más alto nivel. Solo el 14 % de los puestos directivos están ocupados por mujeres, cifra considerablemente menor que la proporción global de mujeres profesionales dedicadas a la agricultura. Las mujeres, por tanto, están menos representadas en los puestos de investigación de alto nivel, directivos y decisivos que sus colegas masculinos.

¹ La elaboración de esta sección ha corrido a cargo de Nienke Beintema y se basa en los datos de ASTI (indicadores de ciencia y tecnología agrícola, <http://www.asti.cgiar.org>), Beintema (2006) y Beintema y Di Marcantonio (2009). La gestión de ASTI corresponde al Instituto Internacional de Investigaciones sobre Políticas Alimentarias (IFPRI); la gestión de AWARD, al Programa Género y diversidad (G&D) del Grupo Consultivo para la Investigación Agrícola Internacional (GCIAl).

² Botswana, Burkina Faso, Burundi, Etiopía, Kenya, Malawi, Mozambique, Níger, Nigeria, Senegal, Sudáfrica, Togo, Uganda y Zambia.

aquellos (Meinzen-Dick *et al.*, 2010). Según una encuesta de la FAO de 1988-1989 sobre organizaciones de extensión en 97 países con datos desglosados por sexo (el estudio más completo de que se dispone), solo el 5 % de todos los recursos de extensión se dirigían a las mujeres. Además, el 15 % solamente del personal de extensión era de sexo femenino (FAO, 1993).

En contextos sociales en los que están restringidos los encuentros entre mujeres y hombres ajenos al núcleo familiar, la falta de agentes de extensión femeninos impide, en la práctica, que participen las mujeres. La preferencia por los agentes de extensión femeninos varía según el país y el estado civil. En Ghana, por ejemplo, los agricultores de ambos sexos en hogares encabezados por un hombre tienen el mismo contacto con los agentes de extensión, pero las agricultoras en los hogares encabezados por mujeres tienen mucho menos contacto con ellos, a pesar de que están dispuestas a hablar con los agentes de ambos sexos (Doss y Morris, 2001). En la República Unida de Tanzania, por otro lado, muchas agricultoras prefieren hablar con funcionarias de extensión y, en 1997, una tercera parte de los funcionarios de extensión eran mujeres, cuando 15 años antes casi no había ninguna (Due, Magayane y Temu, 1997).

Sin embargo, aun cuando las mujeres tienen acceso a los servicios de extensión, no siempre se benefician de ello. En Kenya, el contacto con los agentes de extensión ha contribuido de forma significativa y positiva a la producción en las parcelas gestionadas por hombres, pero no así en las que administran las mujeres (Saito, Mekonnen y Spurling, 1994). Los agentes de los servicios de extensión se dirigen más a menudo a los agricultores que a las agricultoras a causa de la errónea idea imperante de que las mujeres no trabajan la tierra y de que el asesoramiento prestado al cabeza de hogar masculino se transmitirá al final a todos los demás miembros del hogar. Los servicios de extensión se orientan a menudo hacia los agricultores que tienen mayor probabilidad de adoptar soluciones innovadoras modernas, como los que tienen recursos suficientes en áreas bien afianzadas. Como ya se ha mencionado anteriormente, las mujeres tienen menos posibilidades de acceder a los recursos y, por tanto, pueden quedar al margen de los servicios de extensión prestados (Meinzen-Dick *et al.*, 2010).

Por último, la forma en que se proporcionan los servicios de extensión puede dificultar que las mujeres agricultoras reciban información sobre las innovaciones. Las mujeres suelen tener niveles de educación más bajos que los hombres, lo cual puede limitar su participación activa en la capacitación, pues en ella se utiliza una gran cantidad de material escrito. Las limitaciones de tiempo y las reservas culturales pueden impedir que las mujeres participen en actividades de extensión, tales como jornadas formativas, fuera de sus aldeas o en grupos mixtos (Meinzen-Dick *et al.*, 2010).

En los últimos diez años se han elaborado y probado varios enfoques participativos nuevos, en un esfuerzo por alejarse del modelo de prestación de servicios de extensión de arriba abajo y basarlo más en la demanda de los agricultores. Estos enfoques pueden dirigirse con eficacia a las mujeres y contribuir a que estas incorporen un mayor número de innovaciones (Davis *et al.*, 2009); serán examinados en el Capítulo 5. Los enfoques participativos que fomenten la comunicación entre agricultores e investigadores también pueden dar lugar a un intercambio positivo de puntos de vista que permitirá que los investigadores ajusten las innovaciones a las necesidades locales.

Las tecnologías modernas de la información y la comunicación (TIC), como la radio, los teléfonos móviles, las computadoras y los servicios de Internet también pueden desempeñar un papel importante en la transferencia de información. Las TIC ofrecen oportunidades para acceder y compartir información con mayor rapidez, crear redes, movilizar recursos y prestar servicios educativos. El número de abonados a la telefonía móvil en los países en desarrollo se ha duplicado desde 2005. Actualmente, 57 de cada 100 habitantes (frente a 23 en 2005) en los países en desarrollo están abonados a un servicio de telefonía móvil (UIT, 2010). Estas tecnologías pueden ser beneficiosas para las mujeres rurales cuya capacidad para desplazarse a mercados alejados es limitada. Las mujeres rurales pueden tropezar con obstáculos para acceder a las TIC debido a su escasa educación y el carácter limitado de sus posibilidades económicas, y su tiempo. Las mujeres pueden mejorar su acceso en este ámbito visitando los lugares adecuados y oportunos para ello (Best y Maier, 2007).

Servicios financieros

Los servicios financieros, como el ahorro, el crédito y los seguros, brindan oportunidades de mejorar la producción agrícola, la seguridad alimentaria y la vitalidad económica de los hogares, las comunidades y los países. Muchos estudios han demostrado que cuando mejora el acceso directo de las mujeres a los recursos financieros, aumentan las inversiones en capital humano, en forma de salud, educación y nutrición de los hijos.

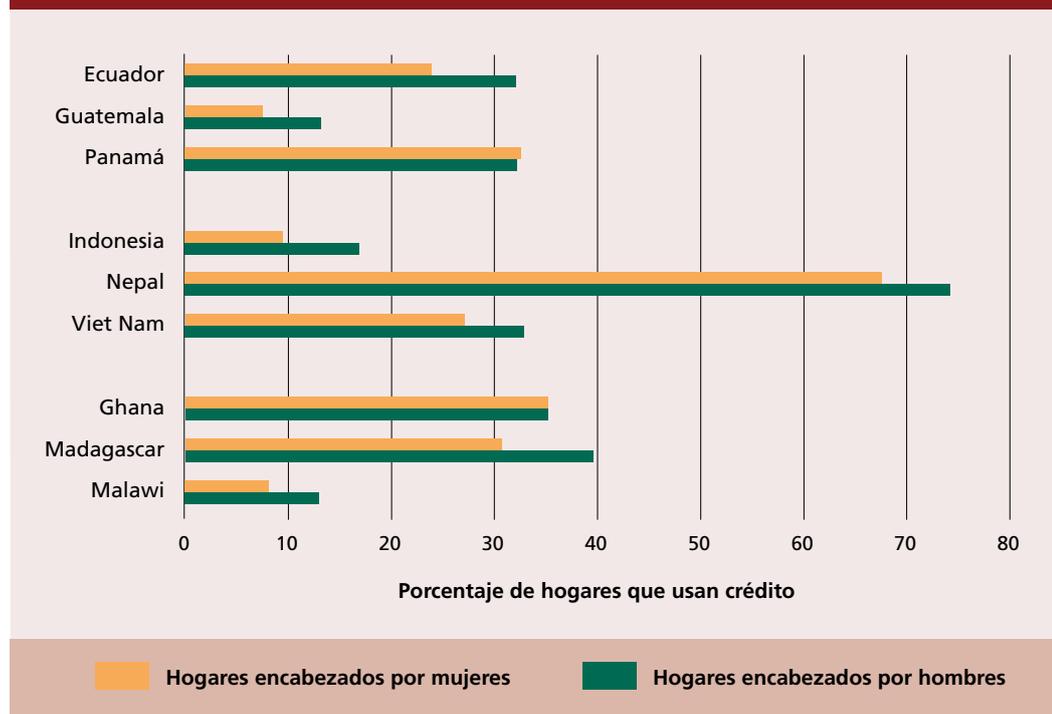
Los productores que no pueden cubrir sus gastos a corto plazo o que desean adquirir tecnologías más productivas, pero más caras, deben recurrir a los mercados crediticios u otras fuentes de crédito. Sin este, es posible que los productores no sean capaces de hacer frente a los riesgos y costos iniciales asociados a cualquier forma de innovación y a la inversión necesaria para mejorar su productividad, sus ingresos y su bienestar.

Los datos disponibles muestran que los mercados de crédito no son neutrales desde el punto de vista del género. Los obstáculos

legales y las normas culturales a veces impiden a la mujer ser titulares de una cuenta bancaria o suscribir contratos financieros por derecho propio. En general, las mujeres tienen menos control sobre los tipos de activos fijos que suelen ser necesarios como garantía para los préstamos. Debido a la discriminación institucional ejercida por las entidades de crédito públicas y privadas, a menudo las mujeres ven restringido su acceso al mercado u obtienen préstamos de menor cuantía que los concedidos a los hombres para actividades similares (Fletschner, 2009; Banco Mundial, FAO y FIDA, 2009).

En siete de nueve países de la base de datos RIGA, los hogares rurales encabezados por mujeres suelen utilizar menos el crédito que los encabezados por hombres (Figura 13). En Madagascar, por ejemplo, la proporción de hogares encabezados por mujeres que utilizan el crédito es nueve puntos porcentuales inferior a la de los hogares encabezados por hombres. Los casos de Ghana y Panamá son llamativos, en el sentido de que no existe brecha de género en la utilización del crédito.

FIGURA 13
Uso de crédito en los hogares encabezados por mujeres y por hombres en las zonas rurales



Nota: Los cálculos se han realizado utilizando encuestas de hogares representativas a nivel nacional. La brecha de género se determina calculando la diferencia entre el porcentaje de hogares encabezados por hombres y por mujeres que usan crédito.

Fuentes: FAO, Equipo de Actividades generadoras de ingreso rural (RIGA), y Anríquez, 2010.

Otros datos confirman la existencia de una brecha de género en el acceso al crédito. En Nigeria, por ejemplo, el 14 % de los hombres obtienen préstamos institucionales, frente a solo el 5 % de las mujeres, mientras que en Kenya las cifras son del 14 % y el 4 %, respectivamente (Saito, Mekonnen y Spurling, 1994). En Uganda, las empresarias solo reciben el 1 % del crédito disponible en las zonas rurales (Dolan, 2004). Casi todos los hogares encabezados por mujeres en este país manifestaron su voluntad de ampliar las actividades agrícolas que desempeñaban, pero no disponían del dinero necesario para comprar tierras o adquirir insumos tales como semillas, fertilizantes y plaguicidas o contratar mano de obra. Además, señalaron que el no poder acceder al crédito es uno de los obstáculos principales a la diversificación de los medios de vida (Ellis, Manuel y Blackden, 2006).

En Bangladesh, las mujeres recibieron alrededor del 5 % de los préstamos concedidos por instituciones financieras en las zonas rurales en 1980, y solo algo más del 5 % en 1990, a pesar de la creación de programas especiales de crédito para mujeres durante el período sometido a estudio (Goetz y Gupta 1996). Otros datos relativos a Bangladesh sugieren que aun cuando los programas consiguen mejorar el acceso de las mujeres al crédito, estas no conservan necesariamente el control de los activos: White (1991) observó que alrededor del 50 % de los préstamos concedidos a mujeres se destinaban a actividades productivas de los hombres; Goetz y Gupta (1996) señalaron que, por término medio, las mujeres conservaban la totalidad o una buena parte del control sobre la utilización del préstamo en solo un 37 % de los casos; mientras que según Chowdhury (2009) los préstamos otorgados a las mujeres por el Banco Grameen presentaban una correlación positiva y significativa con el rendimiento de las microempresas gestionadas por hombres, pero no con las gestionadas por mujeres.

En Asia oriental, los datos acerca de los sesgos en el acceso al crédito son contradictorios. En China, de Brauw *et al.* (2008) concluyeron que los hogares en los que las mujeres gestionan sus propias explotaciones parecen tener casi el mismo acceso al crédito que los hogares encabezados por hombres. Por otra parte,

según un estudio conjunto de la FAO y el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (FAO/PNUD, 2002) llevado a cabo en Viet Nam, los hogares encabezados por mujeres piden menos créditos, tienen menos acceso al crédito institucional y pagan más intereses por los préstamos que los hogares encabezados al mismo tiempo por el hombre y la mujer.

En el caso de América Latina, Fletschner (2009) señala que en Paraguay las mujeres de hogares campesinos normalmente solo reciben préstamos de cooperativas de crédito (no de mayoristas ni de bancos estatales). Su estudio demuestra que las mujeres tienen menor probabilidad de utilizar préstamos que los hombres en condiciones socioeconómicas equivalentes y que no siempre pueden contar con sus maridos para ayudarlas a superar sus limitaciones crediticias. Estas trabas de las mujeres en el acceso al capital tienen una repercusión negativa cuantificable en su capacidad de producción. Por ejemplo, además de la pérdida de eficiencia asociada a las limitaciones de crédito del marido, cuando la mujer es incapaz de satisfacer sus necesidades crediticias, el hogar experimenta una caída adicional de 11 puntos en su eficiencia (Fletschner, 2008).

Tecnología

El acceso a las nuevas tecnologías es fundamental para mantener y mejorar la productividad agrícola. La brecha de género es patente en una amplia gama de tecnologías agrícolas, entre ellas la maquinaria y las herramientas, las variedades mejoradas de plantas y razas de animales, los fertilizantes, las medidas de control de plagas y las técnicas de gestión. Una serie de limitaciones, incluidas la brecha de género ya mencionada, dan lugar a desigualdades de género en el acceso a nuevas tecnologías y su adopción, así como en el uso de insumos adquiridos y tecnologías existentes.

El uso de insumos adquiridos depende de la disponibilidad de activos complementarios, tales como la tierra, el crédito, la educación y la mano de obra que suelen ser más difíciles de obtener para los hogares encabezados por mujeres que para los encabezados por hombres. La adopción de tecnologías mejoradas presenta una correlación positiva con la educación, pero

también depende de las limitaciones de tiempo (Blackden *et al.*, 2006). En una actividad con períodos de rotación considerables, como la agricultura, se requiere capital de explotación para la compra de insumos, como fertilizantes y semillas mejoradas; sin embargo, como ya se mencionó anteriormente, las mujeres han de hacer frente a más obstáculos que los hombres para poder acceder al crédito. La adopción de insumos y tecnologías mejoradas también puede verse limitada por la menor capacidad de las mujeres para absorber riesgos.

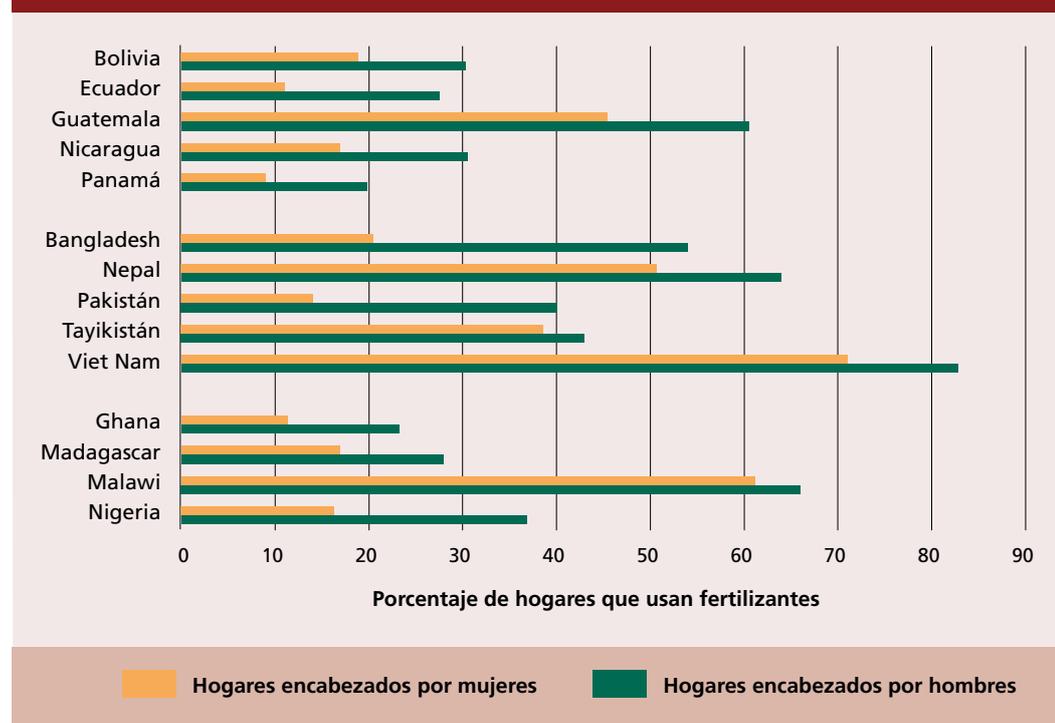
Los datos disponibles apuntan hacia la existencia de diferencias de género significativas en las distintas regiones en relación con la adopción de tecnologías mejoradas y la utilización de insumos adquiridos (véase Peterman, Quisumbing y Behrman, 2010, para un examen exhaustivo de las publicaciones al respecto). Por ejemplo, los hogares encabezados por hombres utilizan más fertilizantes que los que están encabezados por mujeres en todos los países considerados (Figura 14). Así como la orientación de la diferencia no ofrece dudas en cuanto a tecnologías y regiones, el grado de desigualdad presenta variaciones notables:

es más pronunciado en Asia meridional (Bangladesh y Pakistán) y en África occidental (Ghana y Nigeria).

Los estudios detallados por países permiten profundizar en el tema. En Ghana, por ejemplo, Doss y Morris (2001) encontraron que solo el 39 % de las agricultoras habían adoptado variedades mejoradas de cultivos (en comparación con el 59 % de los agricultores), ya que tenían menos acceso a la tierra, la mano de obra familiar y los servicios de extensión. Varios estudios realizados en Kenya muestran que los hogares encabezados por mujeres tienen menores tasas de utilización de semillas mejoradas y fertilizantes. Estas diferencias se deben a un menor acceso a la tierra y la mano de obra, unos niveles de educación más bajos y un acceso limitado a los mercados del crédito (Kumar, 1994; Saito, Mekonnen y Spurling, 1994; Ouma, De Groote y Owur, 2006). Las restricciones crediticias también limitan el acceso de los hogares encabezados por mujeres a los fertilizantes en Benin y Malawi (Minot, Kherallah y Berry, 2000). En Burkina Faso, las mujeres utilizan menos fertilizantes por hectárea que los hombres (Udry *et al.*, 1995).

FIGURA 14

Uso de fertilizantes en los hogares encabezados por hombres/mujeres



Nota: Los cálculos se han realizados utilizando encuestas de hogares representativas a nivel nacional. Las diferencias entre los hogares encabezados por hombres y por mujeres son significativas al nivel de confianza del 95 % para todos los países.

Fuentes: FAO, Equipo de Actividades generadoras de ingreso rural (RIGA), y Anríquez, 2010.

Escasean los estudios que presentan datos desglosados por sexo sobre la mecanización (herramientas y otros equipos agrícolas), lo cual puede deberse, en parte, a que los equipos utilizados en la agricultura moderna, tales como tractores y cultivadores, no suelen estar a disposición de cualquier agricultor, especialmente en el África subsahariana. La proporción de agricultores que utilizan equipos mecánicos y herramientas es muy baja en todos los países, pero es significativamente menor en el caso de los agricultores de los hogares encabezados por mujeres, a veces por un margen muy amplio (Figura 15).

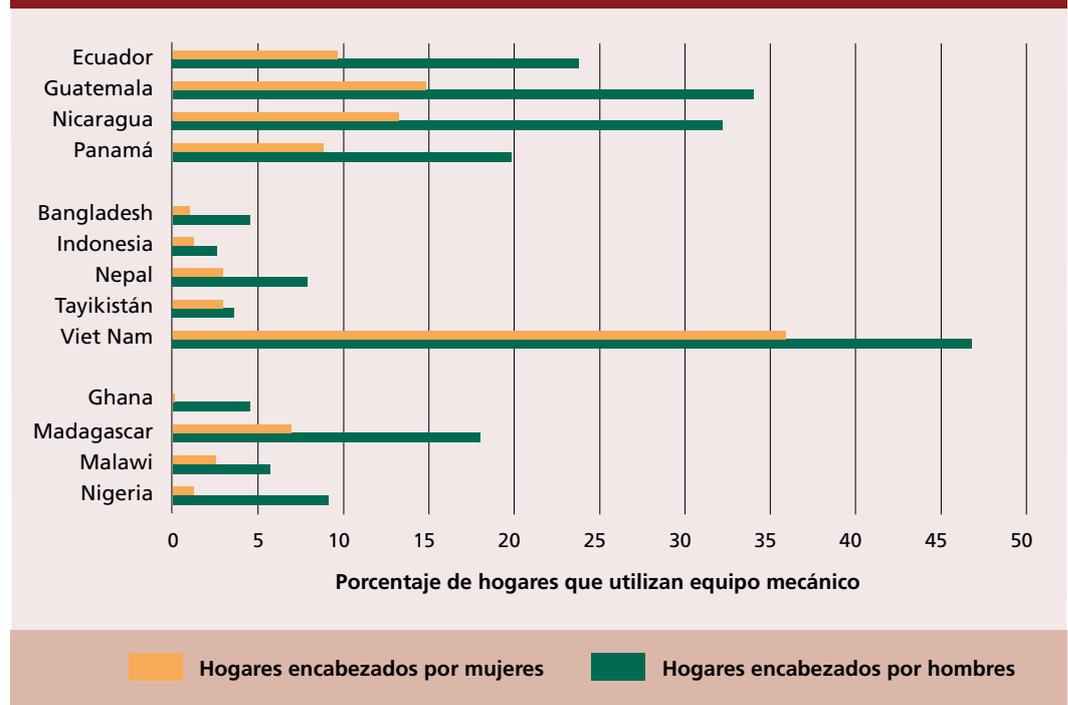
Algunos estudios de finales de los 80 y comienzos de los 90 señalan diferencias de género en la propiedad o de las herramientas o el acceso a estas. En un sistema de arroz de riego en Gambia, ninguna de las mujeres disponía de un arado y menos del 1 % poseía una escardadora, una sembradora o maquinaria polivalente de cultivo; las proporciones de hombres que poseían esas herramientas eran del 8 %, el 12 %, el 27 % y el 18 %, respectivamente (von Braun,

Immink y Hotchkiss, 1989). Según los datos de una encuesta sobre los hogares en tres distritos de Kenya, el valor de los aperos de labranza pertenecientes a mujeres era tan solo del 18 % de las herramientas y equipos propiedad de los agricultores varones (Saito, Mekonnen y Spurling, 1994).

En un estudio más reciente sobre las diferencias de género en relación con la productividad en un sistema de arroz de riego en el centro de Benin, los investigadores observaron que los equipos, tales como los motocultivadores, utilizados en la labranza y el transporte eran gestionados por grupos, pero los grupos de mujeres no podían empezar a arar hasta que los carreteros hubieran terminado su trabajo en los campos de los hombres. Como consecuencia de los retrasos en el arado y la siembra, las mujeres tuvieron rendimientos menores y no pudieron participar en una segunda campaña agrícola (Kinkingninhoun-Médagbé *et al.*, 2010). Las diferencias de género en el uso de equipos agrícolas pueden tener otras repercusiones. Según Quisumbing (1995),

FIGURA 15

Uso de equipo mecánico en los hogares encabezados por hombres/mujeres



Nota: Los cálculos se han realizados utilizando encuestas de hogares representativas a nivel nacional. Las diferencias entre los hogares encabezados por hombres y por mujeres son significativas al nivel de confianza del 95 % para todos los países. Fuentes: FAO, Equipo de Actividades generadoras de ingreso rural (RIGA), y Anríquez.

por ejemplo, los agricultores con más tierra y más herramientas tienen más posibilidades de incorporar otras tecnologías, lo que pone de manifiesto la complementariedad entre los insumos agrícolas.

Por otra parte, la falta de acceso a la tecnología del transporte limita a menudo la movilidad de las mujeres, así como su capacidad de transportar las cosechas a los mercados (Recuadro 7).

RECUADRO 7

Producción y comercialización del café en pequeña escala en Uganda

El café constituye la exportación más importante de Uganda y se estima que proporciona empleo (directa o indirectamente) a 5 millones de personas (Banco de Uganda, 2001; Kempaka, 2001). La producción de café en pequeña escala normalmente se intercala con la de alimentos básicos, como los bananos, los plátanos, los frijoles, las batatas y el maíz. Normalmente, para la producción de café se utilizan métodos agrícolas sencillos; la compra de insumos, como fertilizantes o plaguicidas, es mínima y el riego es poco habitual.

Un estudio reciente de Hill y Vigneri (2009) se basa en una muestra de 300 hogares de productores de café, que fueron encuestados en 1999 y 2003. El 23 % estaba encabezado por mujeres (sobre todo viudas, pero también mujeres solteras, separadas o divorciadas). Los hogares encabezados por mujeres tenían menos mano de obra, tierra y cafetos que los hogares encabezados por hombres; sus niveles de educación y riqueza también eran más bajos. Las mujeres cabeza de hogar tenían más edad y muchas de ellas se habían hecho cargo de la explotación a la muerte del marido. Como resultado de estas diferencias básicas en cuanto a liquidez, escala y capital humano, cabe esperar que la elección de los cultivos, los métodos de producción y el acceso a los mercados sean muy distintos en los hogares encabezados por hombres y los encabezados por mujeres.

La proporción de mano de obra asignada a la producción de café y la proporción de árboles cultivados eran comparables en los hogares encabezados por hombres o por mujeres, así como el rendimiento por árbol. Sin embargo, como la extensión de los cultivos de los hogares encabezados por mujeres era mucho menor, las

mujeres vendían cantidades menores que los hombres (solo 47 kg, en promedio, en comparación con los 151 kg de los hombres).

La mayoría de los pequeños productores vendían su café en forma de drupas secas, llamadas *kiboko*, que los comerciantes molían posteriormente. Algunos agricultores transportaban su café al mercado, lo que les permitía venderlo a un precio mayor. Los miembros de los hogares encabezados por hombres tenían más posibilidades de desplazarse a los mercados a vender su café que los de los hogares encabezados por mujeres. El 15 % de las transacciones realizadas por hogares encabezados por hombres se llevaban a cabo en el mercado de café más cercano, frente al 7 % solamente de las transacciones realizadas por mujeres. La razón puede radicar en que los hombres disponían más a menudo de una bicicleta y, por tanto, se podían desplazar con mayor facilidad al mercado que las mujeres. Los agricultores obtenían un precio más alto por su café cuando optaban por molerlo en el mercado antes de venderlo. El café molido era objeto del 3 % solamente de las transacciones, y todas ellas correspondían a hogares encabezados por hombres.

La conclusión de este estudio es que las diferencias de género en la comercialización se explican en gran medida por el hecho de que las mujeres comercializan cantidades menores de café y no disponen de bicicletas. También se desprende del mismo que una de las limitaciones principales a que deben hacer frente las mujeres es su relativa dificultad para acceder a los canales de comercialización que permiten añadir valor. Al participar en dichos canales por los que añaden valor, los hogares encabezados por hombres recibían un 7 % más por kilogramo de café.

Es importante señalar que no todos los tipos de hogares encabezados por mujeres tienen las mismas limitaciones en el acceso a la tecnología. En las explotaciones agrícolas pequeñas de Kenya, los dirigidos por mujeres solteras, divorciadas o viudas son los que suelen utilizar menos la tracción animal. Por el contrario, los hogares encabezados por mujeres en los que el esposo vive en otro lugar tienen mayores probabilidades de utilizar la tracción animal y mano de obra contratada, ya que todavía se benefician del nombre y la red social del marido, y con frecuencia este les envía remesas (Wanjiku *et al.*, 2007).

Principales mensajes

- En contextos y lugares diversos, las mujeres dedicadas a la agricultura hacen frente a limitaciones específicas de género que limitan su acceso a los servicios, activos e insumos productivos. Se aprecian brechas de género en el ámbito de la tierra, la ganadería, las labores agrícolas, la educación, los servicios de extensión y financieros, así como la tecnología.
- En aquellos países en desarrollo para los que se dispone de datos, entre el 10 % y el 20 % de los titulares de la tierra son mujeres, si bien estas cifras ocultan diferencias significativas entre los países, incluso en el seno de una misma región. Los países en desarrollo que poseen tanto las mayores como las menores proporciones de mujeres titulares de la tierra se encuentran en África.
- Entre los pequeños agricultores, las explotaciones agrícolas gestionadas por hogares encabezados por mujeres son más pequeñas en casi todos los países para los que se dispone de datos. La diferencia es despreciable en algunos países, pero en otros las explotaciones agrícolas gestionadas por hogares encabezados por mujeres tienen tamaños comprendidos entre la mitad y los dos tercios solamente de los de las explotaciones dirigidas por hogares encabezados por hombres.
- Las explotaciones ganaderas de las agricultoras son mucho más pequeñas que las de los hombres en todos los países para los que se dispone de datos, y las mujeres obtienen menos beneficios que los hombres de sus explotaciones ganaderas. Las mujeres tienen una probabilidad mucho menor de poseer animales grandes, como vacas y bueyes, útiles como animales de tiro.
- Las explotaciones gestionadas por hogares encabezados por mujeres disponen de menos mano de obra para las labores agrícolas, debido a que dichos hogares suelen ser más pequeños y cuentan con menos adultos en edad de trabajar, así como al hecho de que las mujeres realizan tareas domésticas pesadas y no remuneradas que les impiden llevar a cabo actividades más productivas.
- En el ámbito de la educación, la paridad de género ha mejorado a nivel nacional, y en algunos países el grado de instrucción femenina supera incluso a la masculina, pero en la mayoría de las regiones las mujeres y las niñas siguen estando a la zaga. La brecha de género en la educación es especialmente pronunciada en las zonas rurales, donde las mujeres que son cabeza de hogar suelen haber recibido educación durante menos de la mitad de años que sus homólogos masculinos.
- Los pequeños productores de todo el mundo se enfrentan a limitaciones en el acceso al crédito y otros servicios financieros, pero en la mayoría de países la proporción de pequeñas productoras que pueden acceder al crédito se sitúa entre 5 y 10 puntos porcentuales por debajo de la de los hombres. El acceso al crédito y los seguros es importante para acumular y conservar otros activos.
- Las mujeres tienen una probabilidad mucho menor que los hombres de utilizar insumos adquiridos, tales como fertilizantes o semillas mejoradas, o de emplear herramientas y equipos mecánicos. En muchos países, la probabilidad de que las mujeres utilicen fertilizantes no es más que la mitad en comparación con la de los hombres.